

feos han de vivir en los infiernos los que sobre feos son tontos y pícaros. Los que, si no con las virtudes prácticas, con la buena intencion nos estamos recomendando á Dios de dia y de noche, y poniendo de nuestra parte el huir de crímenes y vicios, no seremos como los espíritus de belleza perfecta dentro de los cuales habita el señor, pero dejaremos de ser feos y desgraciados, y seremos ángeles de felicidad y hermosura.

El primer atributo de la Divinidad no es la belleza, supuesto que ella no está simbolizada por las primeras gerarquías, sino por las últimas en la mansion infinita del Padre de la gloria. La felicidad de los Serafines, séres predilectos del Altísimo, consiste en *el amor violento* de que viven inflamados : su naturaleza es el amor violento. El encargo de estos espíritus *inflamados* es hacer participar á los hombres del amor de que viven consumidos sin consumirse.

La parte de los Querubines es la sabiduría. Estos son muy versados en los secretos divinos, y tienen la comision eterna de instruir á los hombres, descubriéndoles algunas de las verdades de la religion. La revelacion es pues asunto de los Querubines.

Los Tronos son séres perfectos en los cuales habita el Señor; le sirven de morada al Todopoderoso. Con respecto á los mortales, su obligacion es infundirles en el pecho et afecto de la justicia \*.

\* *Doctrina teológica.* DELAAGE, *les Ressuscités.*

Estas tres clases de espíritus componen la primera gerarquía. Las Dominaciones, las Virtudes, las Potencias forman la segunda; y la tercera es compuesta de los Principados, los Angeles y los Arcángeles. Me gustan más los Serafines : ese *amor violento* es digno del Criador de cielos y tierra.

Los ángeles, quizá porque nuestra imaginacion finge estar más en contacto con nosotros, son para el género humano el tipo de la belleza : no los hemos visto, no los conocemos, y con todo, para expresar lo sumo de la belleza en un niño, una mujer, decimos : Bello, bella como un ángel. De hoy más, sepan cuantos leyeren este libro, que cuando ocurra hablar de una persona poseida de amor, amor inmenso, amor alto y profundo, han de decir : « Inflamado de amor como un serafin, » supuesto que sea amor casto, puro, ese que arde sin volver escoria las entrañas, y levanta al dichoso mortal que lo abriga á las regiones infinitas de la gloria en llamas que van haciendo viento saludable por el mundo. En tratándose del amor fuerte, ese amor violento que chisporrotea en la hoguera de la voluptuosidad, donde los pecados están hirviendo en burbujas preñadas de negra dicha, ya no podemos decir que ese triste mortal se halla debajo del poder de los serafines. Las llamas que alumbran las bodas de Pirithoo con Ipodámia son vislumbres del infierno : embriaguez las exalta, concupiscencia las embrutece, ira las destruye : Centauros y Lapitas, malos testigos son : el sosegado blandon del himeneo da luz que ilumina el seno y calienta el alma santamente : el amor de los serafines derrama por los ámbitos del cielo ese calor que comunica bienestar inde-

cible á los entes divinos. Los gentiles, no ménos que los cristianos, simbolizaron las buenas pasiones, las prendas del género humano, y las personificaron en sus dioses. Júpiter, ambicion y poder : Marte, Pálas y Bellona, el furor guerrero : Apolo, la inspiracion poética : Cupido, el amor. La belleza tuvo en el mundo antiguo su representante en el Olimpo, y fué la más amable de las divinidades ; lo tiene en nuestro cielo, y es el más gracioso y puro de los seres perfectos ; es el ángel, que nos rodea y sirve de custodio, siendo como es su encargo velar sobre nosotros. Un dechado de hermosura, que sea niño, que sea mujer, es un ángel : es tambien un ángel si es bueno, si es buena cuanto cabe en humana criatura. El ángel es familiar con nosotros ; es nuestro amigo, nuestro protector. Será á causa de esta simpatía natural que los filósofos antiguos han poblado los aires y la tierra de estas deidades invisibles que están con nosotros si dormimos, si velamos ; que nos siguen cuando nos ponemos en camino ; se detienen si nos detenemos. Los perversos que caen en esas obras pesadas que llamamos crímenes ; los miserables que viven aleteando en el atolladero de los vicios, éstos han perdido amistad y proteccion de su ángel ; y por lo mismo, abandonados, tristes, viven expuestos á las asechanzas del espíritu malo que en forma de homicidio, incesto, embriaguez, robo, traicion, perjurio, calumnia anda desolando el mundo, llevándose consigo á los que han ahuyentado á su ángel de la guarda. Este no es pajarillo arisco que se va tan luégo como halla coyuntura ; no es niña sentida que se enoja por quitame allá esas pajas : es constante, sufrido : su tole-

rancia traspasa los límites de nuestro merecimiento. Pero si á fuerza de desdenes le despedimos, echa sobre nosotros una mirada de compasion infinita, levanta el vuelo y se va, dejando un perverso más en la tierra, un réprobo más para el infierno. Mirad de contenerle á tiempo : atajadle, colgaos de sus vestidos ; y si levanta el vuelo á pesar de vuestras lágrimas tardías, poneos ligeros con el arrepentimiento, dejadle su polvo á la tierra, idos con él, y ved si son altas, claras y hermosas las regiones donde vive eternamente el Padre de los mundos, dueño de la sabiduría y generador de la belleza.

La juventud es conjunta con la belleza á primera entrada ; mas si contemplamos en ésta y le buscamos el viso, luégo advertimos que es propiedad de todas las edades bien así como de uno y otro sexo. El niño, el adolescente, el hombre, el viejo tienen su género de hermosura, sin que ésta se halle vinculada en la mujer ni en los floridos años. Los talóforos ó sacerdotes de Minerva eran escogidos entre los ancianos más bellos del Atica ; y Termosiris, patriarca de la ley gentilica, es el símbolo de la belleza antigua. El hombre, el dia que deja las oscuras entrañas de su madre, no es bello ; al contrario, algo hay de repugnante en esos miembros ternísimos embarrados de grasas nauseabundas ; esa cabeza monda ; ese rostro hinchado y peloso ; esos ojitos difíciles de abrir ; esa movilidad que semeja á una figura de azogue ó de cuajada tierna. Pero cuando la luz hiere la retina de esa pupila deslumbrante, el alma se despierta y transpira afuera en resplandores que están

sufragando por la inteligencia y las pasiones futuras. El agua limpia el feto convertido en sér exterior y visible; el aire le repule; los dias dan firmeza á sus movimientos; y ese como animalejo deforme que nos hubiera causado miedo, es el ente más delicado y simpático que acaricia el mundo ahora, á trueque de hacerle saborear mañana quebrantos y amarguras de la vida. Los poetas orientales dicen no haber sensacion más deliciosa en la tierra que el tacto de un niño; y es así: un mamoncito de buena salud, vivo, gordo, blanco, sin más que su camisa de cendal hasta el ombligo, es un espíritu divino que ha tomado la encarnacion más propia para el embeleso de los mortales. Lutero tenia conciencia de la belleza y el cariño infantil, cuando describia á su hijo diciendo: « Chupa alegremente el pecho de su madre y mira al rededor. » Si ese atrevido sacerdote hubiera observado algo más los hechizos y las seducciones de la infancia, hubiera visto que miéntras con la boca está colgado del rico pezon, y con los ojos indaga curioso lo que no sabe si existe, con la manecita está cogido del pié, formando un arco que, si no encerrara el circuito de la inocencia, seria realmente el arco de Cupido. Dicen de Neron que cuando se llamaba Domicio era tan hermoso, tan sumamente hermoso, que su nodriza Eclogé nunca podia llegar á su casa, por cuanto las matronas romanas contenian sus literas en la calle para admirar y acariciar á ese hijo de las Gracias; de las Gracias, si éstas no fueran vírgenes, emblema de la castidad y el amor inocente. La cabellera ensortijada en anchos anillos de color de oro; los ojos brillantes como las dos estrellas más vívidas de la bóveda celeste; la

nariz, de lineamentos perfectos; la boca admirable, con dientes purísimos y labios sonrosados: conjunto verdaderamente seductor, que en ninguna manera prometia el animal bravío á quien no deja de abominar el género humano. Bien es que su padre Oenobarbo, cuando la nodriza Eclogé le contaba los milagros del niño en Roma, solia decir: De Agripina y de mí no puede haber nacido sino un monstruo.

Por desgracia la belleza no es hermana de la virtud, ni siquiera de la bondad. Si no fuese poner tacha impía á la obra de la Providencia, seria yo capaz de afirmar que hubiera sido mejor que sin virtud no reconociésemos belleza de ningun linaje, y que la fealdad fuese anexa á la maldad y las propensiones indignas. Pero de aquí resultaria el inconveniente de que el alma de cada cual estaria á la vista, cuando Dios ha querido lo contrario: el alma es un secreto: en las acciones la echamos fuera, es cierto; mas nunca será obra de justicia nos juzguen y condenen por lo que podemos ser, y no por lo que somos. Los feos de suyo serian criminales, y los hermosos consigo mismo traerian su corona, sin que ni los unos hubiesen incurrido en esa pena, ni los otros ganado este premio. Ved aquí cuan fuera de camino van siempre las correcciones y reformas que los insensatos de los hombres solemos indicar para la obra del Altísimo. Así como debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, así debajo de una mala cara puede ocultarse una persona para quien virtudes son necesidades, y anda dia y noche desalado por alimentar su naturaleza, sin mitigar jamás la santa sed que le devora. De un hombre

á quien instintivamente juzgamos mal, solemos decir : « mal encarado. » Pero este vocablo ofensivo que casi siempre entraña la verdad, no indica siempre que ese aspecto repelente es feo, sino que ciertos rasgos ó toques de la fisonomía que están acriminando el conjunto, sirven de testigos mudos de vilezas y crímenes posibles. Un individuo mal carado puede no ser feo ; y ocurre de continuo que los poco favorecidos por la naturaleza con los dones exteriores abrigan las afecciones que los vuelven santos, á pesar del gentilismo, y los impulsos grandiosos, como á Filopemen, ese hombrecico pequeño, bajo y mezquino de figura. Si sois servidos, me decid, oh vosotros adoradores de la belleza tangible, cuál es más, el rorro de la esclava Ecloge, ese angelito del Olimpo antiguo que era el amor de Roma, ó ese hombre que parece un sátiro por lo grosero de las facciones, y un dios por los pensamientos y las obras ? Los que os quedais á Domicio, retiraos, malditos, y descended á los profundos infiernos á pagar la pena de vuestras iniquidades. Los que os descubris ante el hijo de la partera de Atenas, y doblais admirados la rodilla, venid á gozar en el regazo de la gloria las recompensas prometidas á los buenos.

La adolescencia, en el sexo femenino, ofrece admirables ejemplares de belleza : esa agraciada persona que sin ser mujer hecha y derecha todavía, ha dejado de ser niña, da una idea remota y vaga de lo que fueran los ángeles en situacion de estar asomándose al amor y la malicia, si malicia y amor culpable no fueran gajes, muchas veces funestos, de la tierra. Mirad esa jóven

erguida con el donaire y elegancia que da su paso de princesa, alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hácia el trono que le han erigido las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida : la cabellera, dividida en dos madejas rubias, se le cuelga á la espalda y corre por ella hácia abajo cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre : la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor á los miembros : en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos, no enturbiados aun por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales, miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguracion de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonrie, el arco iris, reducido á proporciones pequeñuelas, está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios : cuando se rie, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oímos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oídos, de alegría el corazón. El pecho no provoca aun con esos blancos panecillos coronados de fuego con que han de producir en nosotros mil delirios : á esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa : la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla

con malos pensamientos, pero le estamos envidiando al mortal dichoso que ha de plantar en ese corazón el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos después de tal cual manzana de felicidad.

El hombre prevalece por el valor : su belleza es la honra, su poder la inteligencia. Un muchacho hermoso es ménos que uno á quien agracian los gérmenes de las virtudes ; y por dicha ni los reyes buscan hoy privados de quince años á quienes marchitar y envilecer, ni el pueblo se reúne para aplaudir las gracias no adquiridas de esos triunfadores sin mérito que la antigüedad coronaba, sin más que mirarlos y apasionarse de ellos. No pocas veces ha ganado la hermosura una corona en nuestros tiempos : dígalo Atenais, muchacha sin herencia, desgraciada peregrina que llega cubierta de harapos á las puertas de Constantinopla, y luégo sube al trono al lado de Teodosio para asombro del mundo. Mas no deja de ser verdad de á folio que en el hombre la belleza, hoy día, es timbre del todo secundario, que se retrae y huye ante las prendas varoniles que componen la verdadera importancia masculina. El varon poseido del principio del deber, que cultiva el pundonor y da realce á su talento con las obras magnánimas ; el valiente cuyo ánimo parte límites con el heroísmo ; el hombre cortés que sabe hacer su mesura ante las damas de guisa, como era costumbre en los tiempos caballerescos ; el de carácter elevado que tiene en poco ambiciones y triunfos comunes ; el generoso, culto, fino, pero enérgico, y aun inapeable cuando lo exige la honra, ese es bello para

todos, y más para las mujeres que saben poner las cosas en su punto, y están viendo un Alcibiades debajo de las propiedades y facultades de ese hombre. Qué son los más apuestos caballeros delante de Beltran Duguesclin, el personaje más feo de la Edad Media ? Las damas, de las reinas para abajo, venden sus joyas y le rescatan cuando está cautivo : acerca de aventuras amorosas, vengan y díganme Leandro, Masías, el moro Gazul, cuál de ellos las corrió nunca ni en más número ni más almiradas ? Ese feo era por adentro el más bello de los mortales, y su alma nobilísima le estaba de continuo saliendo afuera por los ojos. Paladin esforzado, no hay empresa que no tome sobre sí : campeador sin rival, se lleva de calles á cuantos son los enemigos : vencedor, siempre magnánimo : vencido, nunca. En medio de las armas y la cólera de la batalla, su cortesía sirve de modelo á los mejores : como galan, el más cumplido : enamorado, un don Gaiferos : ¿ qué mucho se los hubiese llevado por delante á los más gallardos paladines ? Verdad es que para ver y palpar la hermosura interior, la hermosura invisible é impalpable, los ojos han de tener el alcance y la penetracion de la inteligencia : el vulgo no toma sino lo que está á la mano, y á la mano se halla la materia : lo que tomamos con el espíritu, eso es lo bueno, y don de pocos la facultad de mirar adentro de nuestros semejantes y admirar las flores y esencias que adornan y suavizan esa mansion recóndita de la Divinidad. Una alma pura, grande, gloriosa ¿ qué es sino mansion de la Divinidad ? La belleza física está dentro de los términos del poder humano ; al paso que la belleza moral es obra exclusiva de la sabiduría di-

vina. Cuadros, estatuas, bajos relieves, cualquier hábil artista los pergeña : mujeres delicadas, honestas, diligentes, cuyo pecho es semillero de santas afecciones ; hombres íntegros, valerosos, magnánimos, dentro de los cuales está ardiendo la inteligencia, no los hacen Fidias ni Praxiteles; formados salen de manos del soberano artífice, y la educación los encamina á sus grandiosos fines.

No niego que un jóven apuesto, cuya galanura cautiva á los que le contemplan, lleve mil ventajas sobre los hombres vulgares, y abrume con el peso de su hermosura á los mal apersonados : tez blanca, ojos negros de largas pestañas ; labios encendidos, dientes primorosos ; barba suave, crecida en las dos alas de ave Fénix que forman las patillas ; frente dura, límpida, no muy ancha ; cabellera revuelta en magníficos anillos que llevan adelante una insurrección perpetua ; cuello delgado, recto, que ostenta orgullosamente la nuez, símbolo de la masculinidad ; cabeza bien plantada sobre los hombros ; pecho prominente, echado afuera como en desafío honroso al mundo : victoria anticipada son todas estas distinciones en campañas de amor, y salvoconducto ciego entre gente y pueblos ajenos á la patria. He oído que para viajar con gusto habemos menester tres cosas : buen ánimo, buena cara y buen dinero. Ninguna de estas prendas ha de faltar, no sea que nos ocurra lo que al gran capitán de la Liga Aquea, á quien, sobre su mala representación una buena mujer le puso á rajarleña ; y lo que, no ha mucho tiempo, á un embajador del Brasil que fué ignominiosamente arrojado del cé-

lebre apeadero de *San Nicolás* de Nueva York, porque el dueño de casa echó de ver que ese hijo del sol ecuatorial, cuya tez semejaba á la de un pastor de la Calabria, tenía acaso una gota de sangre africana en las venas. El buen parecer halla las puertas de par en par : todos los ruines son hujieres que anuncian en voz alta : « Su alteza monseñor el Gran Duque de Gerolstein ! » cuando comparece allí un personaje cuyos títulos resonantes son el cutis blanco, la barba aristocrática, el cuello enhiesto, la mirada imperiosa, el porte real con que adelanta, una bolsa de escudos en la mano, pagando la multa de sus insolencias y sus desprecios á los á quienes obliga á servirle y reverenciarle, cual otro Veracio que descuenta los bofetones que va repartiendo por la calle con la talega de oro que en pos de él lleva un esclavo. Las prendas intelectuales y morales, por desgracia, son divinidades recónditas que no vienen en nuestro auxilio sino donde hay ojos que las miren, oídos que las oigan ; lo cual no sucede sino en ese recinto sacrosanto iluminado por la inteligencia donde moran las virtudes. Hombres de primera línea hay que si son prudentes huirán los concursos y certámenes cuyo primer premio se lleva la cara, sin que jurado equitativo se lo hubiese adscrito. Un mequetrefe sin mérito ni valor, como su estampa le favorezca, pasará ántes que el hombre de pro entre gentes que no conocen ni al uno ni al otro. No son pocas las amarguras que los ignorantes y ruines le hacen apurar al alma grande, humillándola con injustas preferencias ó con desabrimiento descortés : entre necios y soberbios, los hijos de la fortuna son reyes ; los príncipes de naturaleza, pobres diablos. Viajeros

conozco que hubieran hecho muy bien de no pasar de sus umbrales, disfrutando el humo simbólico de la felicidad, ese humo que Montesquieu veía desde lejos con indecible pena levantarse del fogón, del horno de su casa. En pueblos cultos, interesados, como Francia, aun no tan malo : el buen dinero suple la buena cara, y el buen ánimo está allí para echar raya con los más pintados, y hacer temblar las barbas á soberbios y atrevidos. Pero nación tan extravagante y caprichosa como los Estados-Unidos de América, donde las costumbres contrarrestan á las leyes ; donde éstas llaman al Senado á los negros, y éstas los repelen de las fondas, las posadas ; donde impera la democracia en las instituciones, y la aristocracia en forma de orgullo y menosprecio excluye del gremio comun á los que no brillan por el color ; donde nada presta el talento mismo, ni las riquezas, cuando el individuo está sindicado de cuarteron ó de mulato ; donde la tez tanto cuanto apagada es lepra que el oráculo de Amon denuncia á los Faraones y condena al destierro al pueblo de Israel ; esta nación, digo, en medio de su libertad, su liberalismo, su progreso, debe infundir terror en los sud-americanos que, ya porque en su abolengo está brillando una sombra oscura, ya porque el calor exuberante de la zona tórrida imprime en su rostro el sello de la luz, espesa y fosca á fuerza de tomar punto, no se recomiendan con la blancura deslumbrante del germano ni con las mejillas rubicundas del indígena del Támesis.

Quando el señor de Lamartine le hubo agraciado al autor de estas páginas con dirigirle una esquela y otor-

garle una visita, le dijo : Entre las cartas que ayer recibí, diez había de viajeros de los Estados-Unidos que solicitaban verme en mi casa : á todos me he negado. De la América Española no hallé sino la vuestra : os la he contestado, y os recibo con gusto, tanto más cuanto que habeis prevenido mi ánimo en vuestro favor con la hermosa epístola impresa con la cual me habeis favorecido. Quiero mucho á la raza hispano-americana : su generosidad, su elevacion, sus prendas caballerescas me cautivan. A la norte-americana, la admiro : habilidad, fuerza, progreso inaudito ; mas tiene para mí defectos que me obligan á mirarla con tedio. Su divisa es atroz : *times is money, money is God*. La esclavitud, como institucion, me asombra, por otra parte, en pueblo tan inteligente, religioso y adelantado ; y el escarnio con que envilecen y oprimen á los mulatos, y aun á los que no lo son, me llena de amargura cuando contemplo en los caracteres de las naciones. Lamartine se hubiera reconciliado, sin duda, con los Estados-Unidos, y Lincoln fuera para él uno de los varones más egregios del Nuevo-Mundo ; pero en llegando á su noticia la accion nefaria de que fué víctima el embajador del Brasil, hubiera vuelto á cerrarles su puerta á los norte-americanos. Su Majestad don Pedro segundo fué bien recibido por ellos, merced á la sangre de Braganza que corre por sus venas, á lo blanco de su rostro y lo bien puesto de su barba : si el emperador fuera autóctona del imperio y no tan aventajado de persona, Nueva York le echara á rodar sus baules y le enviara á buscar posada en un camaranchon del barrio más humilde. Pero venga un condenado á muerte huyendo de su patria, como sea teuton ó hijo de la